

raciones se daban la mano, hacían lo que las casas atrasadas, que se prestan mutuamente su firma, ayudándose unas á otras con un crédito que no tienen. Empero preciso es que cohozeamos que el tesoro francés era el que menos apuros tenia, y estaba espuesto á sufrir y mucho con semejante maucomunidad de negocios, porque en el fondo únicamente con sus recursos, es decir, con las *obligaciones de los recaudadores generales* descontadas por el Banco, se hacia frente á todas las necesidades, y se mantenía á los ejércitos españoles ni mas ni menos que á los ejércitos franceses. A esto hay que añadir que no se conocia abiertamente el estado de aquellas operaciones, y que los socios de Mr. Ouvrard, cuyos compromisos con él nunca se han definido bien, aunque dieron margen á graves litigios, no sabian hasta donde llegaba la carga que iba á pesar sobre ellos, sin embargo, viendose apurados llamaban en su auxilio á Mr. Ouvrard, y consiguieron que Mr. de Marbois le mandase volver inmediatamente á París. Por lo que hace al ministro nombrado, no era capaz de juzgar por sí mismo toda la importancia que lleva consigo el manejar vastos fondos, y engañado por un comisionado infiel, no sospechaba hasta que punto era dueña la compañía de los recursos del tesoro. Ni aun el mismo Napoleón, cuya infatigable vigilancia se extendia á todo, penetraba la verdadera causa de los apuros y alarma que empezaba á sentirse, porque solo veia en los presupuestos un deficit efectivo de 60.000.000 poco mas ó menos, que podia llenarse con bienes nacionales y otros diferentes recursos é ignoraba la confusion que se habia introducido

entre las operaciones del tesoro y las de la compañía. Asi es que atribuía los apuros que se sentian en todas partes á las especulaciones fraudulentas del comercio francés y á la usura que procuraban egercer los poseedores de capitales, y se quejaba de los hombres de negocios como solia hacerlo de los ideólogos cuando encontraba ideas que contrariaban las suyas. Sea lo que fuere, lo cierto es que no queriendo que aquel estado de cosas fuese un prelesto para no cumplir sus órdenes pidió 12.000.000 en especies desde Strasburgo, y los pidió con tanto imperio que fué preciso recurrir á los medios mas extremos para ver de encontrarlos. Otros 40.000.000 exigió en Italia, y la compañía tuvo que comprarlos en Hamburgo, y hacer que para llegar á Milan tanto en plata como en oro, atravesasen el Rhin y los Alpes. Bien es verdad, por otra parte, que Napoleon contaba con haber dado tales golpes antes de que transcurriesen quince ó veinte dias, que para entonces cesarian todos los apuros; como que decia que le bastaban quince dias para derrotar á los rusos, á los austriacos y á los jugadores á la baja.

Así que consiguió que el tesoro le facilitase estos recursos, tuviese ó no que recurrir para ello á medios desacertados, se ocupó en lo concerniente á la conscripcion y en organizar la reserva. El contingente anual se dividia entonces en dos mitades de á treintamil hombres cada una; la primera destinada al servicio activo, y la segunda á permanecer en sus casas, pero con la obligacion de acudir á las armas cuando lo dispusiese el gobierno. Quedaba, pues, gran parte

del contingente de los años IX, X, XI, XII y XIII, siendo todos los que lo formaban hombres de una edad proporcionada para el servicio, y de que podia disponer el gobierno por un simple decreto, como así lo hizo; pero además Napoleón pidió anticipada la quinta del año 14, incluso los individuos que debían cumplir la edad requerida, desde 23 de setiembre de 1805 á igual fecha de 1806; y como para 1.º de enero siguiente debía regir de nuevo el calendario gregoriano, mandó agregar á aquella quinta los hombres que cumpliesen la edad fijada en la ley desde 23 de setiembre hasta 31 de diciembre de 1806. Es decir que resolvió estuviesen comprendidos en solo una quinta que abrazaba quince meses, todos los conscriptos que debían serlo por la ley desde el mes de setiembre de 1805 hasta diciembre de 1806, medida que le daba un contingente de ochenta mil hombres, los últimos de los cuales no contarían veinte años cumplidos. Empero no era su propósito dedicarlos en seguida al servicio de campaña, sino irlos preparando para la guerra, embebiéndolos en los terceros batallones que componían el depósito de cada regimiento, á fin de que teniendo un año ó dos para instruirse y adquirir fuerzas, fuesen al cabo de quince ó diez y ocho meses excelentes soldados, casi tan bien formados como los del campamento de Boloña. Esta era una combinación buena para la salud de los hombres y su instrucción militar, porque el quinto de veinte años que entra inmediatamente en campaña, no tarda en acabar su vida en el hospital; pero esta combinación solo puede realizarla un gobierno que teniendo un

ejército bien organizado que presentar al enemigo, solo necesitaba el contingente anual á título de reserva.

No estando reunido el Cuerpo legislativo, era preciso perder tiempo para convocarle, y Napoleón no consintió en semejante tardanza, antes por el contrario se le ocurrió dirigirse al Senado, fundándose para ello en dos motivos: el primero en lo irregular que era un contingente que comprendía más de doce meses y algunos quintos de veinte años no cumplidos; y el segundo lo urgente de las circunstancias. El obrar de este modo era ilegal, porque el Senado no podía conceder contribuciones de dinero ni de sangre, siendo otras sus atribuciones, pues se reducían á impedir la promulgación de leyes anti-constitucionales, suplir las disposiciones que no contuviese la constitución, y procurar que el gobierno no cometiese actos arbitrarios. El Cuerpo legislativo era el que concedía hombres y dinero, de suerte que Napoleón hizo mal en infringir una constitución, ya tan flexible, porque el mirar con tanto descuido la observancia en las formas, era lo mismo que hacerla ilusoria. Además, tampoco era bueno viciar las facultades del Senado, porque siempre había que acudir á él en los casos áridos, y era indicar sobrado á las claras que el jefe del gobierno contaba con su docilidad mucho más que con la del Cuerpo legislativo. Todas estas observaciones las hizo el archicanciller Cambaceres que no estaba por los abusos de poder cuando no eran necesarios, y sostuvo que por lo menos debía concederse al Senado, aunque no fuese más que para salvar las fórmulas, la facultad de faci-

litar contingentes; pero Napoleon, si bien no desconocia las miras de prudencia, las dejaba para mejor tiempo cuando las circunstancias apremiaban, y así no quiso ni sentar una regla general, ni retardar el pedido del contingente. En su consecuencia, mandó preparar para el alistamiento de los quintos de 1806 un senado-consulta fundado en dos consideraciones extraordinarias: la irregularidad del contingente, repetimos, que abrazaba mas de un año, y lo urgente de las circunstancias que no permitian aguardar á que se reuniese el Cuerpo legislativo.

Tambien pensó recurrir á los guardias nacionales establecidos con arreglo á las leyes de 1790, 1791 y 1795, pues aunque aquella tercera coalicion tenia todos los caractéres de las dos primeras, aunque los tiempos habian cambiado y la Europa no miraba con tanto ceño los principios de la Francia como su engrandecimiento, creia que la nacion debia acudir en auxilio de su gobierno con tanta energia y unanimidad como antiguamente. Ya no podia esperar el mismo ardimiento, porque no existia el entusiasmo revolucionario de entonces; pero podia contar con que obedecerian ciegamente lo dispuesto en las leyes todos los ciudadanos, y que el honor seria el que guiase á los hombres llamados á tomar las armas. Dispuso pues que se reorganizase la guardia nacional, pero de modo que fuese mas obediente y militar, para lo cual preparó otro senado-consulta en que se le autorizaba para arreglar la organizacion por medio de decretos imperiales; y como complemento, resolvió nombrar por sí los oficiales, y reunir en las companias de cazadores y

granaderos los jóvenes mas belicosos de la poblacion, para que tomase parte en la defensa de las plazas fuertes y acudiese á ciertos puntos amenazados, como, por ejemplo, Boloña, Amberes y la Vendée.

Con todos estos elementos hizo lo siguiente: cerca de doscientos mil hombres debian marchar á Alemania, setenta mil defender á Italia, y guarnecer á Boloña veinte y un batallones de infanteria y mas de quince batallones de marina. Ya hemos visto que se componian los regimientos de tres batallones, dos de guerra y uno de depósito, estando encargado este último de recibir á los soldados enfermos ó convalecientes é instruir á los quintos: en Boloña habia ya cierto número de terceros batallones, y todos los demas pasaron á Maguncia y Strasburgo, siendo estos tres los puntos á que se destinó el resto que quedaba del contingente de los años IX, X, XI, XII y XIII, y los ochenta mil hombres de la quinta de 1806. Embebidos allí en los terceros batallones, debian egercitarse en el manejo de las armas y adquirir fuerzas, yendo mas tarde los de mayor edad, así que estuviesen formados y organizados en cuerpos de marcha, á cubrir las bajas que la guerra hubiese causado en las filas del ejército. Esta reserva ascendia cuando menos á ciento cincuenta mil hombres que debian guardar la frontera, y mantener completos los cuerpos, mientras la guardia nacional se organizaba en el Norte y el Oeste para acudir en defensa de las costas, y trasladarse sobre todo á Boloña ó Amberes, si los ingleses intentaban poner fuego á la flotilla, ó destruir los astilleros levantados en el Escalda. El mando de las tropas

de Boloña lo tenia ya el mariscal Brune, el de Maguncia se dió al mariscal Lefebvre y el de Strasburgo al mariscal Kellermann, nombramientos que atestiguaban el tacto esquisito de Napoleón, pues el mariscal Brune habia adquirido gran reputacion por haber rechazado en 1799 el desembarco que intentaban hacer los rusos é ingleses, y en cuanto á los mariscales Lefebvre y Kellermann, militares que habian recibido en premio de sus servicios una plaza en el Senado, y los honores de mariscal, eran muy á propósito para cuidar de la organizacion de la reserva, mientras sus compañeros de armas, como mas jóvenes, tomaban parte en la guerra activa. De este modo tambien se derogaba una ley que prohibia á los senadores desempeñar cargos públicos, y que no gustaba al Senado, siendo tanto mas hábil la derogacion cuanto que era para que algunos individuos de aquel cuerpo se pudiesen al frente de los defensores de la nacion.

Tomadas todas estas disposiciones, Napoleón dió cuenta al Senado de las medidas que acabamos de enumerar, y lo hizo por sí mismo en una sesion imperial que se celebró en Luxemburgo el dia 23 de setiembre, hablando en términos precisos y enérgicos de la guerra continental que habia ido á sorprenderle cuando mas ocupado se hallaba en la expedicion a Inglaterra, de las esplicaciones que habia pedido al Austria, de las respuestas ambiguas que esta potencia le habia dado, y de sus embustes, demostrados ya, puesto que sus ejércitos habian pasado el Inn el 8 de setiembre, precisamente en el mismo momento en que mayores protestas hacia de su amor á la paz.

Para mejor conseguir su objeto apeló á los buenos sentimientos de la Francia y prometió que pronto destruiria la coalicion, palabras que fueron acogidas por los senadores con muestras de aprobacion, aunque allá en el fondo de su corazón atribuian la nueva guerra continental á las medidas tomadas en Italia acerca de la reunion de Estados. En las calles por donde pasó la comitiva imperial para trasladarse de Luxemburgo á las Tullerías, comprimido por los sufrimientos el entusiasmo popular, no fué tan espresivo como de costumbre, y Napoleón lo conoció, picándose por ello y mostrándose algun tanto enfadado con el archi-canciller Cambaceres, porque creia que el pueblo de París no le trataba con justicia. Sin embargo, tomó al parecer su partido en la esperanza de que pronto le acogerian con gritos de entusiasmo, mayores y mas sinceros que los que tanto habian resonado en sus oidos, y fijó su pensamiento, que no habia tenido tiempo de ocupar en un mismo asunto, en los sucesos que se preparaban en el Danubio. Urgiendo su marcha, organizó el gobierno que debia regir los destinos de la Francia durante su ausencia, dando á su hermano José la presidencia del Senado, y encargando á Luis que se ocupara en clase de condestable en el alistamiento para las quintas y la formacion de la guardia nacional, mientras el canciller Cambaceres egercia las veces de presidente del Consejo de Estado. Por lo demas, todos los asuntos debian tratarse en un Consejo, compuesto de los ministros y los grandes dignatarios y presidido por el gran elector José, disponiendo Napoleón que todos los dias se le enviase un cor-

reo extraordinario con un parte acerca de cada asunto en particular, y el dictámen de Cambaceres. Al ver esto el archi-canciller, temió que José Bonaparte, como presidente que era del Consejo de gobierno, se resintiese de que á otro se le dieran las facultades de fiscal supremo, y así lo manifestó á Napoleon; pero este le interrumpió diciéndole que no pensaba contemplar la vanidad de nadie hasta el extremo de privarse de las luces de un hombre á quien tenia en mucho, é insistió en su propósito, así como de que sus resoluciones irian á París á continuacion del informe estendido por el archi-canciller. Solo en los casos urgentes estaba autorizado el Consejo, para anticiparse á la voluntad del emperador y dar órdenes, que los ministros debian cumplir bajo su mas estrecha responsabilidad, de suerte que Napoleon reservó para sí el derecho de resolver en todo y por todo, y convirtió al archi-canciller Cambaceres en una especie de regente por todo el tiempo que él estuviera distante del centro del imperio.

Todos cuantos le rodeaban le vieron partir con sentimiento, porque aun no se sabia hasta donde llegaba su genio, y si podria ó no abreviar la guerra, temiendo todos no fuese larga y sangrienta; además de que era difícil calcular qué suerte cabria á Francia si la bala que atravesó el pecho á Turena é hirió en la frente á Carlos XII, iba á quitar la vida al hombre que se hallaba al frente de la nacion. Esto sin perjuicio de que los que vivian á su lado le profesaban no poco cariño á pesar de su carácter impetuoso y violento, motivo entre otros para que le viesen alejarse con

profundo pesar. La emperatriz, cuya ternura iba en aumento á medida que eran mayores sus temores de que se disolviese aquel matrimonio, le acompañó hasta Strasburgo, y se llevó consigo al mariscal Berthier, no sin dejar órden á Mr. de Talleyrand para que siguiese al cuartel general á alguna distancia con varios empleados.

El 24 salió Napoleon de Paris y el 26 llegó á Strasburgo, cuando ya se hallaban, con gran asombro de la Europa, en el centro de la Alemania, esto es, en las orillas del Mein, el Necker y el Rhin, las tropas que veinte dias antes estaban acampadas en las playas del Océano. Jamás se ha realizado en tiempo alguno una marcha con mayor sigilo y celeridad: en todas partes se veian las cabezas de las columnas, en Wurtzburgo, Maguncia y Strasburgo; la alegría de los soldados rayaba en delirio, y así que divisaban á Napoleon, prorumpian en gritos mil veces repetidos de *viva el emperador!* Aquella multitud innumerable de tropas de infanteria, artilleria y caballeria reunidas de pronto; aquellos convoyes de viveres y municiones formados de prisa y corriendo; aquellas largas filas de caballos comprados en Suiza y Suabia; todos aquellos movimientos, por último, de un ejército á quien no esperaban algunos dias antes, y que habia aparecido allí de repente, ofrecian un espectáculo que no tiene igual, realizado mas y mas con la presencia de una corte militar severa y brillante á un mismo tiempo, y con una concurrencia inmensa de curiosos que acudian deseosos de ver partir para la guerra al emperador de los franceses.

La coalicion por su parte no se habia descui-

dado, pero no estaba tan bien preparada como Napoleón, y sobre todo no era tan activa como él, aunque la animaban pasiones vehementes. Habían convenido entre sí las potencias coligadas dirigir sus principales fuerzas hácia el Danubio antes que empezase el invierno, á fin de que Napoleón no pudiera aprovecharse del mal estado en que en esta estación se ponen los caminos, para caer sobre el Austria cuando sus aliados no pudiesen socorrerla, y consiguiendo á este plan se habían dado las órdenes oportunas para que las tropas se pusiesen en movimiento á fines de agosto y principios de setiembre. Obrando de este modo, creían los coligados que podrían anticiparse á Napoleón y dar principio á las hostilidades cuando lo juzgasen oportuno, porque no esperaban en manera alguna encontrar á los franceses tan pronto en el teatro de la guerra.

Así es que se había reunido un cuerpo ruso en Revel, debiendo embarcarse para Stralsund á principios de setiembre, á fin de que reunidos los diez y seis mil hombres de que se componía (los mandaba el general Tolstoy) á doce mil suecos que ya había en aquel punto, se trasladasen por el Mecklemburgo á Hannover, para incorporarse con quince mil ingleses que habían desembarcado en Cuxhaven por el Elba. Este ejército, que ascendía á unos cuarenta y tres mil hombres, estaba destinado á dar el ataque por el Norte, ataque que debía ser principal ó accesorio, pues esto dependía de que Prusia tomase ó no parte en él.

Además, caminaban hácia el punto convenido dos grandes ejércitos rusos, de á sesenta mil hom-

bres cada uno, el primero por la Gallitcia á las órdenes del general Castasof, y el segundo por Polonia mandado por el general Buxhoevden, siguiéndole muy de cerca la guardia rusa, mandada por el archiduque Constantino, y que se componía de doce mil hombres escogidos, mientras que en Wilna se formaba un ejército de reserva á las órdenes del general Michelson. El emperador Alejandro, que como jóven había abrazado la causa de la guerra inconsideradamente, tenía bastante prevision para no conocer el error que había cometido, pero no la suficiente resolucion para retroceder, ó enmendar su yerro mostrándose enérgico en la ejecucion; por manera que dominado de un temor secreto, no se decidió hasta muy tarde á hacer los últimos preparativos. De aquí resultó que el cuerpo de Gallitcia, mandado por el general Kutusof, que debía marchar en socorro de los austriacos, no llegó á la frontera de Austria hasta fines de agosto, porque tenía que atravesar la Gallitcia desde Brody á Olmutz, la Moravia desde Olmutz á Viena, y el Austria y la Baviera desde Viena hasta Ulm. Este camino era mucho mas largo que el que los franceses tenían que recorrer desde Boloña hasta Ulm, y los rusos no sabían salvar las distancias lo mismo que nuestros compatriotas: la Europa que ha visto caminar á nuestros soldados, sabe muy bien que nunca ha habido otros que marchasen con tanta rapidez como ellos, y Napoleón, que lo sabía mejor, vió realizada su prevision de que los rusos llegarían tarde.

El segundo ejército ruso, que estaba situado entre Varsovia y Cracovia, en las cercanías

de Pulawi, se componia, contando la guardia rusa, de setenta mil hombres, y esperaba la llegada del emperador Alejandro para obrar con respecto á Prusia segun lo que dispusiese. En cuanto al monarca ruso, quiso presenciar el embarque de sus tropas en Revel, antes de marchar al ejército de Polonia, y despues se trasladó á Pulawi, hermosa quinta de la ilustre familia de los Czartoryski, que se hallaba situada a alguna distancia de Varsovia, y donde se aposentó con su jóven ministro de negocios estrangeros el príncipe Adan Czartoryski, para estar mas cerca de la córte de Berlin, con la cual andaba en comunicaciones.

Tenia Alejandro a su lado al príncipe Pedro Dolgorouki, oficial que iba á principiar la carrera de las armas, pero lleno de presuncion y ambicion, y que como enemigo que era de los jóvenes de talento que regian el imperio, trataba de persuadir al emperador que aquellos jóvenes estaban vendiendo á Rusia en favor de la causa de Polonia, acusacion que no dejaba de hallar acogida en el ánimo de un soberano tan inconstante como Alejandro. Era falso, por lo demas, que el príncipe Adan fuese capaz de hacer traicion á Alejandro, porque era un jóven pundonoso y honrado; pero aborrecia á la córte de Prusia, cuya debilidad atribuia á falacia, y animado por un sentimiento polaco y nada mas que polaco, deseaba serealizase con todo rigor el proyecto de acudir á la violencia si aquella córte no entraba en las miras de coalicion, rompiendo abiertamente con ella, á fin de desbaratar sus ejércitos apenas formados, y apoderarse de Varsovia

y Posen, para proclamar á Alejandro rey de Polonia luego que hubiese vuelto á constituirse en estado. Esto era un deseo muy natural en un polaco; pero poco arreglado á la razon, tratándose de un hombre de estado ruso, pues si Napoleon era suficiente por sí solo para destruir la coalicion, ¿qué no sucederia si obligaban á Prusia á que formase alianza con él?

Esto sin perjuicio de que era exigir demasiado del carácter indeciso de Alejandro, quien habia enviado á Berlin á su embajador Mr. de Alopeus, para que invocando la amistad de Federico Guillermo, le pidiese que permitiera á un ejército ruso el paso por la Silesia, y le insinuara en seguida la persuasion en que se hallaban las potencias aliadas de que Prusia contribuiria á llevar á cabo la obra tan meritoria de libertar á la Europa. El negociador llevaba tambien autorizacion para declarar al gabinete prusiano que no habia que dudar, que era imposible mantenerse neutral, y que si no concedia el paso de buen grado, pasaria el ejército á la fuerza, gestiones todas en que debia apoyar á Mr. de Alopeus el príncipe Dolgorouki, ayudante de campo de Alejandro. Empero el príncipe iba encargado de manifestar abiertamente en Berlin que la Rusia estaba decidida á conseguir su intento á toda costa, llegando las cosas á tal estado en Pulawi que hasta se estendió la declaracion de guerra que debia preceder á las hostilidades.

Mientras que los agentes rusos hacian estas gestiones en Prusia, tenían que habérselas tambien con MM. Duroc y de Laforest, á quien Napoleon habia encargado le ofreciesen el Hannover,

pues recordarán nuestros lectores que Duroc, gran mariscal de palacio, salió de Boloña para Berlin comisionado para hacer la espresada oferta. El jóven monarca no la aceptó, llevado de su probidad, y Mr. de Hardemberg, á quien llamaba la Europa el ministro pensador, no la aceptó tampoco, porque veía en aquel negocio la dificultad de encontrar modo de dejar á salvo á los ojos de las naciones europeas la honra de su soberano. Durante dos meses, esto es julio y agosto, se ocuparon en buscar esta forma, habiendo al fin imaginado una que no dejaba de ser bastante ingeniosa; y que venia á ser la misma que habia escogido la coalicion por su parte para dar principio á la guerra contra Napoleon, es decir, la intervencion armada. Segun ellos, debia el rey de Prusia, en favor de la paz, paz de que tenian necesidad todas las potencias, manifestar las condiciones que le parecian indispensables para mantener el equilibrio de la Europa, dando á entender en seguida que se declararia en favor de los que las aceptasen y en contra de los que se negasen á ello, lo cual significaba que pelearia al lado de la Francia con el objeto de adquirir el Hannover. Si, porque en su manifestacion debia adoptar la mayor parte de las condiciones de Napoleon, como por egemplo, la creacion del reino de Italia, empero separando las dos coronas cuando se celebrase la paz general, la incorporacion al imperio del Piamonte y Génova, la libre disposicion de Parma y Plasencia por parte de Francia, la independenciam de Suiza y Holanda, y por último, la evacuacion de Tarento y el Hannover asi que terminase la guer-

ra. Napoleon, que entonces no tenia mira alguna acerca de aquellos dos paises, no queria sin embargo, salir garante de su independenciam en términos que los enemigos de Francia llevasen á cabo en ellos una contrarevolucion, y esto dió lugar á contestaciones entre una y otra parte que duraron hasta fines de setiembre, y que hicieron que el rey de Prusia, estuviese á punto de resignarse á la violencia que querian hacerle, cuando conoció claramente al ver en movimiento á los ejércitos rusos, austriacos y franceses, que era inevitable la guerra. Atemorizado entonces, retrocedió de su propósito y no volvió á hablar ni de intervencion armada, ni de adquisicion del Hannover en recompensa de esta intervencion, encerrándose en su sistema de neutralidad con el Norte de Alemania. Viendo esto MM. Duroc y de Laforest, ofrecieronle, como lo habia dispuesto Napoleon, lo mismo que el gabinete de Berlin habia pedido tantas veces, esto es, que Prusia conservaria el Hannover por via de depósito, con tal que asegurase su pertenencia á Francia; pero por muy del agrado que fuesen de Federico Guillermo la retirada de los franceses y la entrega de un depósito tan precioso, conoció que tendria que esponerse á la expedicion del Norte y se obstinó en su negativa, haciendo empero mil protestas del cariño que profesaba á Napoleon, su dinastia y gobierno, y añadiendo que no se dejaba llevar de sus simpatias, por no verse espuesto á los ataques de la Rusia por la parte de Polonia. A esto contestaron MM. Duroc y de Laforest que el gobierno francés tenia un ejército de ochenta mil hombres pronto á unirse con el de los pru-



sianos; pero esto era tambien tomar parte en la guerra, y Federico Guillermo la rechazó bajo aquella nueva forma. Entonces fué cuando llegaron á Berlin Mr. de Alopeus y el príncipe Dolgorouki para pedir á Prusia se declarase en favor de la coalicion; mas así como el rey se habia asustado de las proposiciones de los unos, oyó con terror la peticion de los otros, y respondió con protestas iguales á las que dirigiera á los comisionados franceses, diciéndo que apreciaba en gran manera al amigo á quien conoció en Memel, pero que iba á ser el primero que sufriese la saña de Napoleon, y seria criminal para con sus súbditos, esponiéndolos á tamaño riesgo. Insistiendo en su propósito los enviados rusos, le manifestaron que precisamente el ejército que estaba reunido entre Varsovia y Cracovia, no tenia otro objeto que acudir en su socorro, pues así lo habia dispuesto el emperador Alejandro impulsado por la amistad que le profesaba, y que los setenta mil rusos de que aquel ejército se componia, iban á atravesar la Silesia y Sajonia, para trasladarse al Rhin con el objeto de sufrir el primer choque de los ejércitos franceses. Tampoco convenció esto á Federico Guillermo, por lo cual llevando las cosas mas lejos, le dieron á entender que ya era tarde, pues confiando en su adhesion, habia mandado el gobierno ruso que sus tropas pasaran al territorio prusiano. Al saber semejante violacion Federico Guillermo, se enfureció estraordinariamente, porque si bien era hombre indeciso y muchas veces pasaba por débil y falaz, convertíase en obstinado y colérico cuando le apuraban la paciencia, cosa que

hasta entonces no habia demostrado. Así es que convocó un consejo, al cual concurrieron el anciano duque de Brunswick y el mariscal de Mollendorf, y se decidió á pesar de su poquedad de genio, á poner en estado de guerra al ejército prusiano, como lo hizo, resolviendo, para no ser juguete de la violencia de los unos ó los otros, tomar precauciones, y mandando reunir ochenta mil hombres, lo cual debia costarles 16.000,000 de escudos prusianos (64.000,000 de francos) que debian sacarse en parte de las rentas del estado, y en parte del tesoro del gran Federico, tesoro disipado en el reinado anterior pero re- puesto á fuerza de economías en el actual.

Asustado Mr. de Alopeus al ver estas disposiciones, se apresuró á escribir á Pulawi, aconsejando á su emperador con las mayores instancias que tratase con miramiento al rey de Prusia, si no queria ver sobre las armas todas las fuerzas de que podia disponer la monarquía prusiana.

Cuando estas noticias llegaron á Pulawi, varió de resolucion Alejandro, quien habia obrado de aquel modo inducido por el príncipe Adan Czartoryski, que le habia instado para que no diese tiempo á Prusia de ponerse en guardia, sino que mandase forzar el paso, en lugar de estarlo pidiendo por tanto tiempo. Para esto decia el príncipe Adan que si Prusia no abrazaba la causa de la guerra, Alejandro seria declarado rey de Polonia, organizándose este reino á espaldas de los ejércitos rusos, mientras que si por el contrario, se unia á las potencias aliadas, se habia realizado el plan de estas y adquirido un aliado mas; pero mejor ilustrado Alejandro por la corresponden-

cia de Mr. de Alopeus, se resistió á seguir los consejos de su jóven ministro, y volvió á enviar á Berlin á su ayudante de campo Dolgorouki, para que afirmase á su augusto amigo que jamás habia tenido intencion de violentar su voluntad, que por el contrario, acababa de mandar se detuviese el ejército ruso en la frontera prusiana, y que obraba de aquel modo por lo mucho que le estimaba, aunque añadiendo seria siempre conveniente tuviesen una entrevista, porque negocios de tanta importancia no podian tratarse debidamente por medio de terceras personas. Temiendo Federico Guillermo dejarse ganar por las caricias de Alejandro, ni mas ni menos que hubiera podido serlo por sus ejércitos, no se sentía inclinado á concurrir á la entrevista; pero la córte que estaba por la coalicion y la guerra, y la reina, cuyos sentimientos eran conformes á los del jóven emperador, le persuadieron que no podia negarse á lo que este pedia, de suerte que convino en que la entrevista se verificase á principios de octubre, sin dejar por eso de asegurar á MM. de Laforest y Duroc, quienes continuaban en Berlin, que el gobierno prusiano no pensaba abandonar su sistema de neutralidad.

Mientras que los rusos empleaban en esto el mes de setiembre, el Austria aprovechaba mejor un tiempo tan precioso, pues encargaba á Mr. de Cobentzel repitiese sin cesar en Paris que su deseo se reducía á entablar negociaciones, obteniendo garantías en favor del estado futuro de Italia, y se valía de los subsidios ingleses con extraordinaria actividad para lograr sus verdaderos fines. Lo primero que hizo fué reunir en Italia

cien mil hombres al mando del archiduque Carlos, siendo allí donde situaba su mejor general y ejército mas numeroso con que contaba, porque deseaba recobrar aquellas provincias queridas. Veinte y cinco mil hombres, á las órdenes del archiduque Juan, el mismo que mandaba en Hohenlinden, guardaban el Tirol; y ochenta á noventa mil hombres estaban destinados á invadir á Baviera, trasladarse á Suabia, y tomar la famosa posicion de Ulm, donde Mr. de Kray detuvo tanto tiempo en 1800 al general Moreau. Por lo demas, los cincuenta ó sesenta mil rusos del general Kutusof debian ir á reunirse con el ejército austriaco, y formar una masa de ciento cuarenta mil combatientes, la cual esperaban poder dar bastante ocupacion á los franceses para que los otros ejércitos rusos tuviesen tiempo de llegar, el archiduque Carlos de volver á conquistar á Italia, y las tropas enviadas á Hannover y Nápoles de alejar el principal ataque. El famoso general Mack, el que formó todos los planes de campaña contra Francia, y acababa de poner en estado de guerra al ejército austriaco, dando muestras de actividad y conocimientos militares, tomó el mando del ejército de Suabia, en union con el archiduque Fernando, y en las poblaciones que Austria tenia en aquel pais se formaron almacenes para viveres entre el lago de Constanza y el Danubio Alto. La ciudad de Memmingen, situada á orillas del Iller, y que forma la izquierda de la posicion cuya derecha forma Ulm, fue una de las poblaciones escogidas, reuniendo allí el Austria provisiones inmensas, y levantando algunas trincheras, cosa imposible en Ulm, que pertenecía á Baviera.